

# ¿Por qué nos mantenemos en vela?

Con su resurrección, nuestro Señor Jesucristo convirtió en glorioso el día que su muerte había hecho luctuoso. Por eso, trayendo a la memoria ambos momentos, permanezcamos en vela recordando su muerte y alegrémonos acogiendo su resurrección. Ésta es nuestra fiesta y nuestra pascua anual; no ya en figura como lo fue para el pueblo antiguo la muerte del cordero, sino hecha realidad como a pueblo nuevo, por la víctima que fue el Salvador, *pues ha sido inmolido Cristo nuestra Pascua (1 Cor 5,7)* y lo *antiguo ha pasado, y he aquí que todo ha sido renovado (2 Cor 5,15)*. Lloramos porque nos oprime el peso de nuestros pecados y nos alegramos porque nos ha justificado su gracia, *pues fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (Rom 4,25)*. Tanto llorando lo primero como gozándonos en lo segundo, estamos llenos de alegría. No dejamos que pase inadvertido con olvido ingrato, sino que celebramos con agradecido recuerdo lo que por nuestra causa y en beneficio nuestro tuvo lugar: tanto el acontecimiento triste como el anticipo gozoso. Permanezcamos en vela, pues, amadísimos, puesto que la sepultura de Cristo se prolongó hasta esta noche, para que en esta misma noche tuviera lugar la resurrección de la carne que entonces fue objeto de burlas en el mundo y ahora es adorada en cielo y tierra.

Esta noche, en efecto, corresponde, como es sabido, al día siguiente, que consideramos como día del Señor. Ciertamente debía resucitar en las horas de la noche, porque con su resurrección iluminó también nuestras tinieblas. No en vano se le había cantado con tanta antelación: *Tú iluminarás mi lámpara, Señor, Dios mío, tú iluminarás mis tinieblas (Sal 17,29)*.

Nuestra devoción hace honor a tan gran misterio, para que como nuestra fe, corroborada por su resurrección, está ya despierta, así también esta noche, iluminada por nuestra vigilia, destaque por su resplandor para que podamos pensar, con dignidad, junto con la Iglesia extendida por todo el orbe de la tierra, en no ser hallados en la noche. Para tantos y tantos pueblos que bajo el nombre de Cristo congrega por doquier esta célebre solemnidad, se puso el sol, pero sin dejar de ser día, pues la luz de la tierra tomó el relevo de la luz del cielo.

No obstante, si alguien busca el porqué de la importancia de esta nuestra vigilia, puede hallar las causas adecuadas y responder confiadamente: el mismo que nos otorgó la gloria de su nombre, el mismo que ilumina esta noche y a quien decimos *Tú iluminarás mis tinieblas*, concede la luz a nuestros corazones, para que del mismo modo que vemos, con deleite para los ojos, el esplendor de esta luz, así veamos también, iluminada la mente, el motivo del resplandor de esta noche.

¿Por qué, pues, se mantienen en vela los cristianos en esta fiesta anual? Ésta es nuestra vigilia por excelencia, y nuestro pensamiento no suele volar a ninguna otra solemnidad distinta de ésta cuando, movidos por el deseo, preguntamos o decimos -«¿Cuándo será la vigilia?» -«Dentro de tantos días», se responde; como si, en comparación de ella, las demás no fueran vigilia. El Apóstol exhortó a la Iglesia a ser asidua no sólo en los ayunos; sino también en las vigilia. Hablando de sí mismo dice: *con frecuencia en ayunos, con frecuencia en vigilia (2 Cor 11,27)*. Pero la vigilia de esta noche destaca tanto que puede reivindicar como propio el nombre que es común a todas las demás. Así, pues, diré algo, lo que el Señor me conceda, primero sobre la vigilia en general y luego sobre la particular de hoy.

En aquella vida, por la consecución de cuyo descanso todos trabajamos, vida que nos promete la Verdad para después de la muerte de este cuerpo o también para el final de este mundo, en la resurrección, nunca hemos de dormir, como tampoco nunca moriremos. ¿Qué es el sueño, sino una muerte cotidiana que ni del todo saca al hombre de aquí ni le retiene por largo tiempo? ¿Y qué es la muerte, sino un sueño largo y muy profundo, del que despierta Dios? Por tanto, donde no llega muerte ninguna, tampoco llega el sueño, su imagen. Sólo los mortales experimentan el sueño. No es de este tipo el descanso de los ángeles; ellos, dado que viven perpetuamente, nunca reparan su salud con el sueño. Como allí está la vida misma, allí existe la vigilia sin fin. Allí la vida no es otra cosa que el estar en vela, y estar en vela no es otra cosa que vivir.

Nosotros, en cambio, mientras estamos *en este cuerpo que se corrompe y apesga al alma* (Sab 9,15), puesto que no podemos vivir, si no reparamos nuestras fuerzas con el sueño, interrumpimos la vida con la imagen de la muerte para poder vivir, al menos, a intervalos. Por tanto, quien asiste asiduamente a las vigiliass con corazón casto y puro, sin duda alguna practica la vida de los ángeles -en la medida en que la debilidad de esta carne está sujeta al peso terreno, los deseos celestiales se encuentran ahogados-, ejercitando la carne mediante una vigilia más larga, contra la mole causante de la muerte para adquirirle méritos para la vida eterna. No está de acuerdo consigo mismo quien desea vivir por siempre y no quiere aumentar sus vigiliass; quiere que desaparezca totalmente la muerte, y no quiere que disminuya su imagen. Ésta es la causa, éste el motivo por el que el cristiano tiene que ejercitar su mente en las vigiliass con mayor frecuencia.

Ahora ya, hermanos, mientras recordamos otras pocas cosas, poned vuestra atención en la vigilia especial de esta noche. He dicho por qué debemos restar tiempo al sueño y añadirlo a las vigiliass con mayor frecuencia; ahora voy a explicar por qué permanecemos esta noche en vela con tanta solemnidad.

Ningún cristiano duda de que Cristo el Señor resucitó de entre los muertos al tercer día. El santo evangelio atestigua que el acontecimiento tuvo lugar esta noche. No hay duda de que los días comienzan a contarse desde la noche precedente, aunque no se ajuste al orden mencionado en el Génesis, no obstante que también allí las tinieblas han precedido al día, pues las *tinieblas se cernían sobre el abismo* cuando dijo Dios: «*Hágase la luz y la luz fue hecha*» (Gn 1,2-4). Pero como aquellas tinieblas aún no eran la noche, tampoco habla de días. En efecto, *hizo Dios la división entre la luz y las tinieblas, y primeramente* llamó día a la luz, y luego noche a las tinieblas, y fue mencionado como un solo día el espacio desde que se hizo la luz hasta la mañana siguiente. Está claro que aquellos días comenzaron con la luz, y, pasada la noche, duraban cada uno hasta la mañana siguiente. Poco después que el hombre creado por la luz de la justicia cayó en las tinieblas del pecado, de las que lo libertó la gracia de Cristo, ha acontecido que contamos los días a partir de las noches, porque nuestro esfuerzo no se dirige a pasar de la luz a las tinieblas, sino de las tinieblas a la luz, cosa que esperamos conseguir con la ayuda del Señor: *La noche ha pasado, se ha acercado el día, despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz* (Rom 13,12).

Por tanto, el día de la pasión del Señor, día en que fue crucificado, seguía a la propia noche ya pasada, y por eso se cerró y concluyó en la preparación de la pascua, que los judíos llaman también «cena pura», y la observancia del sábado comenzaba al inicio de esta noche. En consecuencia, el sábado que comenzó con su propia noche concluyó en la tarde de la noche siguiente, que es ya el comienzo del día del Señor, porque el Señor lo hizo sagrado con la gloria de su resurrección. Así, pues, en esta solemnidad celebramos ahora el recuerdo de aquella noche que daba comienzo al día del Señor y pasamos en vela la noche en que el Señor resucitó. La vida de que poco antes hablaba, en la que no habrá ni muerte,

ni sueño, la incoó él para nosotros en su carne, que resucitó de entre los muertos, de forma tal que ya no muere ni la muerte tiene dominio sobre ella.

*Sermón 221*

## Nuestra Pascua

El Viejo Testamento es, pues, promesa figurada. El Nuevo es promesa espiritualmente entendida. La Jerusalén que estaba en la tierra pertenecía al Viejo Testamento, pero era la imagen de la Jerusalén que está en el cielo y que pertenece al Nuevo. La circuncisión carnal pertenece al Viejo Testamento; la del corazón al Nuevo. El pueblo es liberado de Egipto según el Viejo Testamento; pero es liberado del diablo según el Nuevo. Los perseguidores egipcios y el faraón persiguen a los judíos que huyen de Egipto; y persiguen al pueblo cristiano sus propios pecados y el diablo, príncipe de los pecados. Y así como los egipcios persiguen a los judíos hasta el mar, así los pecados persiguen a los cristianos hasta el bautismo.

Atended, hermanos, y entended: los judíos son liberados por el mar, y los egipcios son ahogados en el mar: los cristianos son liberados en la remisión de los pecados, los pecados son borrados por el bautismo. Salen los judíos del mar Rojo y caminan por el desierto; así los cristianos, después del bautismo, todavía no están en la tierra de promisión, sino en esperanza. Este mundo es un desierto: para un auténtico cristiano es un desierto después del bautismo, si entiende bien lo que recibió. Si no sólo se verificaron en él signos corporales, sino también efectos espirituales en su corazón, entiende que este mundo es para él un desierto, entiende que vive en peregrinación, que anhela la patria. Y mientras la desea está en esperanza. *Estamos salvados en esperanza. Porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Y si esperamos lo que no vemos, lo esperamos mediante la paciencia* (Rom 8,24-25).

Esta paciencia en el desierto hace que esperemos algo. Quien piensa que ya está en la patria, no llegará a ella. Si se cree en la patria, se queda en el camino. Para no quedarse en el camino, espere la patria, desee la patria, no se desvíe. Porque acaecen tentaciones. Igual que sobrevienen pruebas en el desierto, así sobrevienen tentaciones tras el bautismo. No sólo eran los egipcios los enemigos de los judíos, porque los perseguían al salir de Egipto: esos eran enemigos pasados; así persigue a cada cual su vida pasada y sus propios pecados, con el diablo que es su príncipe. Pero hubo también en el desierto quienes trataron de impedir el camino, y fue menester pelear con ellos y vencerlos. Así, tras el bautismo, cuando el cristiano comienza a recorrer el camino de su corazón con la promesa de la esperanza de Dios, no se desvíe. Sobrevienen tentaciones que sugieren algo diferente, deleites de este mundo, otro género de vida, para que abandone el camino y desista del propósito. Si vence estos deseos y estas sugerencias, los enemigos son superados en el camino y el pueblo llega a la patria.

*Sermón 4,9.*

## Para la vida nos engendraron Cristo y la Iglesia

Puesto que fueron dos padres quienes nos engendraron para la muerte, otros dos nos engendraron para la vida. Los padres que nos engendraron para la muerte fueron Adán y

Eva; los que nos engendraron para la vida son Cristo y la Iglesia. Mi padre, el que me engendró, fue para mi Adán, y mi madre fue para mí Eva. Hemos nacido según esta generación de la carne, ciertamente por un don de Dios -este don no es de nadie, sino de Dios- y, sin embargo, hermanos, ¿cómo hemos nacido? Ciertamente para morir. Los predecesores engendraron a los sucesores. ¿Acaso engendraron hijos. en cuya compañía vivan siempre aquí? No; en cuanto destinados a morir, engendraron a quienes habían de sucederles. Dios Padre y la Iglesia Madre no engendraron con esta finalidad. Engendran para la vida eterna, porque también ellos son eternos. Tenemos la herencia de la vida eterna prometida por Cristo.

Él -según aquello: *la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14)- creció al nutrirse con alimento. Después de la pasión, muerte y resurrección recibió en herencia el reino de los cielos. En cuanto hombre, recibió la resurrección y la vida eterna. La recibió en el hombre mismo. No la recibió en cuanto Palabra, porque permanece inmutable desde siempre y para siempre. Puesto que fue aquella carne la que resucitó y vivificada ascendió al cielo, lo mismo se nos ha prometido a nosotros. Esperamos la misma herencia, la misma vida eterna. Todavía no la ha recibido todo el cuerpo, dado que, aunque la cabeza está en el cielo, los miembros aún se hallan en la tierra. No va a recibir la herencia sólo la Cabeza y a ser abandonado el cuerpo. Es el Cristo total quien recibirá la misma, el Cristo total en cuanto hombre, es decir, la Cabeza y el Cuerpo. Somos miembros de Cristo: esperemos, pues, la herencia. Cuando pasen todas estas cosas, recibiremos aquel bien que no pasará y evitaremos el mal que tampoco pasará. Uno y otro son eternos, pues no prometió a los suyos algo que no fuese eterno, ni amenazó a los impíos con algo temporal. De la misma manera que prometió a los santos la vida, la felicidad, el reino, una herencia sin fin, así amenazó a los impíos con el fuego eterno. Si aún no amamos lo que prometió, al menos temamos aquello con que nos amenazó.

## La alegría pascual

Ved qué alegría, hermanos míos; alegría por vuestra asistencia, alegría de cantar salmos e himnos, alegría de recordar la pasión y resurrección de Cristo, alegría de esperar la vida futura. Si el simple esperarla nos causa tanta alegría, ¿qué será el poseerla? Cuando estos días escuchamos el aleluya, ¡cómo se transforma el Espíritu! ¿No es como si gustáramos un algo de aquella ciudad celestial? Si estos días nos producen tanta alegría, ¿qué sucederá aquel en que se nos diga: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino*; cuando todos los santos se encuentren reunidos, cuando se encuentren allí quienes no se conocían antes, se reconozcan quienes se conocían; allí donde la compañía será tal que nunca se perderá un amigo ni se temerá un enemigo? Hemos, pues proclamado el Aleluya; es cosa buena y gozosa, llena de alegría, de placer y de suavidad.

Con todo, si estuviéramos diciéndolo siempre, llegaríamos a cansarnos; pero como va asociado a cierta época del año, ¡con qué placer llega, con qué ansia de que vuelva se va! ¿Habrà allí acaso idéntico gozo e idéntico cansancio? No, no lo habrá. Quizá diga alguien: «¿Cómo puede suceder que no engendre cansancio el repetir siempre lo mismo?». Si consigo mostrarte algo en esta vida que nunca llegue a cansar, has de creer que allí todo será así. Se cansa uno de un alimento, de una bebida, de un espectáculo; se cansa uno de esto y de aquello, pero nadie se cansó nunca de la salud. Así, pues, como aquí, en esta carne mortal y frágil, en medio del tedio originado por la pesantez del cuerpo, nunca ha

podido darse que alguien se cansara de la salud, de idéntica manera tampoco allí producirá cansancio la caridad, la inmortalidad o la eternidad.

*Sermón 299 B,2.*